

HAN, B-C (2022) *INFOCRACIA. LA DIGITALIZACIÓN Y LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA*. MADRID: TAURUS

Pedro José PEÑA JIMÉNEZ
Letrado de las Cortes Generales
<https://orcid.org/000-0003-2722-2685>

Aparentemente inmune a elogios y críticas que recibe por igual, cómodo en el traje de filósofo «estrella» que le han cortado a medida editores y periodistas culturales, Byung-Chul Han continúa a paso ligero su personalísima revisión de los males que aquejan a la sociedad contemporánea. Una sociedad que se define, si se atiende a los títulos de sus últimos libros, por el «cansancio», la «indignación» y el «escándalo», que está dominada por la psicopolítica y las nuevas tecnologías del poder, que se asemeja a un «enjambre», y asiste a la agonía del eros y a la expulsión de lo distinto y que transita hacia una era de «no-cosas», donde el orden terreno se sustituye por otro de carácter digital. Un panorama nada alentador a cuya contemplación acuden, no obstante, legiones de lectores cada vez que Han añade una nueva entrega a su prolífica carrera de publicista. Ahora, en esa suerte de fenomenología social por capítulos emprendida hace años por el filósofo surcoreano, le toca el turno a la digitalización y la crisis de la democracia. Este es, en efecto, el tema de «Infocracia», libro publicado en España en 2022, que consta de cinco ensayos breves, –menos de cien páginas en total–, y tiene a la «información» como hilo conductor.

Han define el «régimen de la información», del cual se ocupa en su primer ensayo, como «forma de dominio en la que la información y su procesamiento mediante algoritmos e inteligencia artificial determinan de modo decisivo los procesos sociales, económicos y políticos» y lo vincula al capitalismo de la información, hoy convertido en un capitalismo de la vigilancia, que «degrada a las personas a la condición de *datos y ganado consumidor*» (p. 9). Desde el principio de su reflexión Han deja claro que no está interesado en sutilezas

teóricas, y así evita indagar en la diferencia que pueda existir entre un «capitalismo de la información», que en los escritos de Julie Cohen se explica por la interrelación entre tecnologías de la información y fenómenos como el monopolio, la dominación, la discriminación o la desigualdad, y un «capitalismo de vigilancia», descrito con apabullante extensión por Shoshana Zuboff, focalizado en las amenazas tecnológicas para la autonomía individual, más amplio y complejo el primero que el segundo. Del mismo modo pasa por alto el análisis del concepto de red, esencial en la construcción teórica del capitalismo de la información, donde el reconocimiento a las contribuciones de Castells o Van Dijk resulta poco menos que obligado. Más interesado está nuestro autor en establecer una comparación, *à la Foucault*, entre el «régimen de disciplina», propio del capitalismo industrial y dominado por el control físico y el «régimen de la información», que define al capitalismo homónimo y se centra en la psique para asegurar la dominación. Sucede así que el sujeto del régimen de la información se cree «libre, auténtico y creativo» (p. 10), cuando paradójicamente es «la sensación de libertad la que asegura la dominación», que «se consume en el momento en que la libertad y la vigilancia se aúnan» (p. 14). Hay aquí, pues, una vuelta al clásico tema del auto engaño y de la vida humana como «sombra» y «ficción» que queda, en cualquier caso, aparcado y sin mayor desarrollo en el ensayo. A continuación, Han arremete contra la transparencia, por más que esta sea comúnmente considerada como una virtud en la gestión de los asuntos públicos, un antídoto contra la corrupción y una exigencia ciudadana merecedora de ser atendida (amén de un imperativo legal en muchos ordenamientos jurídicos), y afirma de ella que no es otra cosa que «la política de hacer visible el régimen de la información», que «transparencia e información llegan a ser sinónimos» (p. 15), y que «el régimen de la información hace que las personas sean completamente transparentes» (p. 16). Ciertamente, sin una definición previa de los términos «información» y «transparencia» tiene poco sentido adentrarse en una discusión sobre la congruencia de lo dicho anteriormente, resultando esta carencia, por otra parte, una constante en la obra de Han. Queda la sensación, pues, de que afirmaciones tan contundentes e inexplicadas, como ocurre también con la relativa al «*dataísmo* como totalitarismo sin ideología», puedan no ser otra

cosa que exageraciones. Por lo demás, resulta singular la asociación que hace Han de los incentivos positivos («susurrar, dar con el codo, dar un toque sutil para controlar el comportamiento...») con las técnicas de poder neoliberales (p. 18). Sobre esta cuestión, la obra de referencia en la literatura académica es *Nudge. Improving Decisions About Health, Wealth and Happiness*, de Thaler y Sunstein (2008), exponente de un «paternalismo libertario» que resulta de la defensa de dos principios: que es legítimo que los responsables de instituciones públicas y privadas traten de influir en el comportamiento de las personas para hacer sus vidas más largas, saludables y mejores y que, por lo general y en última instancia, esas mismas personas deben de ser libres de hacer lo que quieran. No parece que este sea el enfoque del ensayo comentado, ya que el mismo enfatiza los elementos de dominio y consentimiento inconsciente del individuo a su sujeción, pero la parquedad del argumento no permite alcanzar mayor seguridad en esta cuestión. Sea como fuere, Han concluye, volviendo al punto de partida, que «lo decisivo para obtener el poder es ahora la posesión de la información» y que «es la información lo que asegura el dominio» (p. 24).

En el segundo ensayo, que da título al libro, Han afirma que la «Infocracia» no es más que la degeneración de la democracia causada por la digitalización (p. 25). La víctima, aquí, es la democracia, y correlativamente la esfera pública como su ámbito de desarrollo necesario. Si se parte de la «cultura del libro», donde era posible un discurso político extenso y complejo (p. 26), nuestro autor considera que la evolución posterior ha sido muy negativa. Primero, en la «cultura del info-entretenimiento», propia de la radio y la televisión, donde el juicio humano entra en declive y el lenguaje se vuelve cada vez más fragmentario y discontinuo, (pp. 28 y 29), y luego con los medios digitales, donde la «esfera pública discursiva» está amenazada tanto por la difusión y multiplicación viral de la información (*infodemia*), como por la estructura en forma de rizoma de los propios medios, y se desintegra en esferas privadas. Para Han, llamativamente, la información basada en datos socava el proceso democrático, que presupone la autonomía y el libre albedrío (p. 36). Ciertamente, no ayuda a entender esta afirmación contra-intuitiva el recurso al diccionario, donde «dato» se define como «información

sobre algo concreto que permite su conocimiento exacto o sirve para deducir las consecuencias derivadas de un hecho» (Diccionario de la Real Academia Española), ni a las enciclopedias, donde, por ejemplo, Pieter Adriaans dice que el término «información» presenta una notable falta de precisión, pero también una utilidad universal, ya que sirve para designar tanto el «producto» creado por los instrumentos e instalaciones (telescopios, ciclotrones..) que utilizamos para explorar la realidad, como los «flujos» que discurren a través de medios de comunicación (periódicos, radio, televisión, internet...) cada vez más avanzados (*The Stanford Encyclopedia of Philosophy*). Bajando a un plano más concreto, Han critica el *microtargeting*, o publicidad personalizada y segmentada, porque atenta contra un principio fundamental de la democracia, el de «autoobservación de la sociedad» (p. 37), considera que en las campañas electorales ya no prima el elemento teatral y la puesta en escena («teatrocracia»), ni tampoco los argumentos, sino la información y los algoritmos más inteligentes, y concluye, con un pesimismo «chic», desesperanzado y sin aspavientos, que «la democracia se hunde en la jungla impenetrable de la información» (p. 41), y que cualquier intento de combatir la difusión viral de la información está condenado al fracaso, porque la *infodemia* es resistente a la verdad (p. 42). Tras leer a Han en este ensayo, confortan las palabras de Habermas cuando afirmaba que «Internet ya ha abierto millones de nichos subculturales útiles en los que se intercambia información fiable y opiniones fundadas» y citaba como ejemplos de grandes beneficios de la comunicación «los blogs de científicos que intensifican su labor académica por este medio» o «los pacientes que sufren una enfermedad rara y se ponen en contacto con otra persona en su misma situación de continente a continente para ayudarse mutuamente con sus consejos y su experiencia» (entrevista en *El País*, 10 de mayo de 2018).

Si en al anterior ensayo el sujeto paciente era la democracia, en «El fin de la acción comunicativa», tercero de la serie, quien está al borde de la desaparición es «el otro». Para Han la desintegración de la esfera pública lleva a una situación de «comunicación sin comunidad», y así recuerda lo dicho por Hannah Arendt, sobre la cualidad «representativa» del pensamiento político, en el sentido de que el pensamiento de los demás ha de estar siempre presente, y por Habermas,

sobre la presencia del otro como elemento constitutivo de la acción comunicativa. Según Han «la crisis actual de la acción comunicativa se debe al hecho de que el otro está en trance de desaparición (...) lo que supone el fin del discurso» (p. 47). Nuestro autor se distancia, en este punto, de autores como Parisser, que ha popularizado el concepto del «filtro burbuja» (*filter bubble*) y para quien la personalización algorítmica de la red está destruyendo el espacio público, o Negroponte, y su intuición profética del *The Daily Me*. Para Han es la desaparición del otro, la incapacidad de escuchar, lo que está provocando la crisis de la democracia (p. 50), ya que escuchar es un acto político y la democracia una comunidad de oyentes (pp. 54 y 55). La globalización, la digitalización y la creación de redes están acelerando, en definitiva, la desintegración del mundo de la vida (p. 51), al tiempo que privan a éste de su elemento fáctico y lo desconectan –signifique esto lo que signifique– de su contexto.

Han abre el cuarto ensayo, «Racionalidad Digital», citando a Hiroki Azuma (*General Will 2.0*), para quien «la esfera pública que Arendt y Habermas presentan como ideal ni siquiera existe» y al propio Habermas, quien modestamente reconoce ignorar «qué podría ser en el mundo digital un equivalente funcional de la estructura comunicativa de las vastas esferas públicas formadas desde el siglo XVIII y que ahora está a punto de desmoronarse» (p. 58). Han habla de una «racionalidad digital» como forma de racionalidad que prescinde de la comunicación y el discurso, opuesta a la «racionalidad comunicativa» (p. 59), si bien sorprende que no cuestione el hecho de que pueda existir (o se pueda sostener intelectualmente la existencia de) una «racionalidad» sin comunicación ni discurso, cuando la razón es, precisamente, la facultad de discusión, o la serie de palabras o frases con que exponer un discurso o argumento en apoyo de algo. Desde la perspectiva *dataísta*, que Han parece asimilar a la racionalidad digital, el discurso aparece como una forma lenta e ineficiente de procesar la información (p. 60). Los *dataístas*, y también los conductistas, puesto que Han utiliza ambos términos de manera intercambiable, imaginan, según nuestro autor, una sociedad capaz de prescindir por completo de la política, en la que la democracia de partidos dejará de existir y dará paso a la infocracia como posdemocracia digital, mientras que los políticos serán sustituidos por expertos e

informáticos (p. 63). Desde ese hipotético, y espeluznante, punto de llegada, Han echa la vista atrás, hacia pensadores como Rousseau, a quien considera como el primer *dataísta*, al oponer una racionalidad aritmética a la racionalidad comunicativa, B. F. Skinner, conspicuo conductista para quien «el hombre autónomo es un truco, utilizado para explicar lo que no podíamos explicar de ninguna otra forma» (p. 66) y la ya mencionada Zuboff, furibunda crítica del dataísmo, que defiende la expectativa que cada individuo abriga «de ser dueño de su propia vida y autor de su propia experiencia» (p. 69). En este rápido recorrido de autores y citas, Han actúa más bien como notario que como abogado: reconoce que la visión conductista del ser humano no es fácil de conciliar con los principios democráticos, pero opina que los *dataístas* secundarían la tesis de Foucault sobre la muerte del hombre –«el hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento»– y añade, de su propia cosecha, que «el hombre se diluye» en un «inacabable mar», en un «triste registro de datos» (p. 70).

Por último, en «La crisis de la verdad», Han habla de un nuevo nihilismo, fenómeno del siglo XXI y fruto de las distorsiones patológicas de la sociedad de la información, que se alza cuando perdemos la fe en la verdad (p. 71), o se gesta dentro del proceso destructivo en el que el discurso se desintegra en información (p. 72). Aunque Han no abunda en detalles, este nuevo asalto a la idea de «verdad» parece distinto del emprendido por los posmodernistas del siglo pasado para quienes, según Harry Frankfurt, lo que una persona estima como «verdadero» es meramente una función de su punto de vista individual o viene determinado por aquello que se ve constreñida, por presiones sociales diversas e inescapables, a considerar como «verdadero» (*On Truth*). Han contrapone la «información», aditiva y acumulativa, a la «verdad», narrativa y exclusiva (p. 82), y afirma que el régimen de la información está desplazando al régimen de la verdad (pp. 91 y 92), término este último de cierta solemnidad que, a falta de mayores precisiones, cabría entender como equivalente a una situación de respeto generalizado por la verdad. Su conclusión es que vivimos presos en una carrera digital, disfrutando de una presunta libertad ilusoria y encadenados a una pantalla (p. 91), en un mundo en el que «la verdad se desintegra en polvo informativo arrastrado

por el viento digital» (p. 92). Un desahogo lírico de resonancias *bladerrunerianas* (por todos esos momentos que «se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia», del monólogo del replicante), con el que Han cierra su libro.

«Infocracia» no va a sorprender ni a defraudar a la gran mayoría de sus lectores, entre otras cosas porque se ajusta milimétricamente al canon Byung-Chul Han, un modelo que ha reportado al autor un éxito popular indiscutible y que tiene, a mi juicio, cuatro características principales. Primera, la reiteración de una temática familiar, que gira en torno a los males de la sociedad contemporánea –occidental, democrática y acomodada, eso sí– y la elección de una perspectiva muy concreta para abordarla: levantar acta del problema detectado, describirlo a base de cuatro pinceladas impresionistas y lamentar su existencia, sin proponer soluciones que vayan más allá de, por ejemplo, la necesidad de recuperar el contacto con las cosas o el disfrute de un tiempo lento y constante. Segunda, un planteamiento esquemático, lineal y accesible, en las antípodas de la filosofía altamente especializada y tecnificada de nuestros días, que renuncia a complicaciones y distracciones, tesis alternativas, estudios de otras disciplinas sobre la materia, condicionantes políticos y legales, perspectivas históricas o culturales, o investigaciones empíricas. Tercera, un estilo terso y pulido, de frases cortas, rotundas y efectistas, con un uso frecuente de la yuxtaposición, –que impide el desarrollo de la argumentación y la formulación de conclusiones–, y de sintagmas y analogías que puedan funcionar como titulares: así *phono-sapiens*, *smartphone* como parlamento móvil, neoliberalismo como capitalismo del *like*, o redes sociales como iglesias, entre otros ejemplos. Cuarta, y última, citas recurrentes de grandes filósofos, que confieren altura intelectual a la obra y sirven para recordarnos que Han, también, es un filósofo académico, si bien apenas «dialoga» con ellos, y a veces hasta los despacha con cierto desdén: así, en el libro reseñado afirma de Habermas que su *Historia y crítica de la opinión pública* «necesita una revisión de gran calado» (p. 32), de Arendt que «la relación entre ideología y verdad es mucho más compleja de lo que [ella] piensa» (p. 77), o de Frankfurt que su «explicación de por qué hay tanta *bullshit* hoy resulta inadecuada» y «no reconoce la crisis actual de la verdad» (pp. 74 y 75).

Decía Habermas en la entrevista antes citada que «la pregunta nostálgica de por qué ya no hay intelectuales está mal planteada» puesto que «no puede haberlos si no hay lectores a los que seguir llegando con sus argumentos». Pues bien, Han ha conseguido, en aplicación sistemática y disciplinada de su canon, una multitud de lectores. Sus aportaciones no cambiarán, seguramente, la filosofía de este siglo. Podremos encontrar en el panorama actual, sin mayores dificultades, pensadores de más altura, originalidad y consistencia. Pero qué duda cabe de que lo que Han ha logrado, con intuición, sentido de la oportunidad, constancia y talento, es un éxito cultural que merece atención y comentario.